

Miguel Donoso Pareja



MIGUEL DONOSO PAREJA (Guayaquil, 1931-2015)

Poeta, novelista, narrador, ensayista, crítico, docente, promotor cultural. Considerado uno de los escritores ecuatorianos más importantes. Exiliado del país por haber sido militante del Partido Comunista, en la dictadura militar en 1963, vivió en México durante casi dos décadas, donde impartió talleres de literatura y defendió la literatura ecuatoriana. A su regreso al país, en 1981 fue el principal gestor de talleres de literatura en la Casa de la Cultura Ecuatoriana y en el Banco Central del Ecuador, donde se formaron varios escritores. Fue articulista de prensa y colaboró con diversos suplementos culturales. Dirigió la Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo del Guayas. Entre sus reconocimientos recibió el Premio Nacional Eugenio Espejo en el año 2007. Entre sus obras más destacadas constan en poesía: *Lo mismo que el olvido* (1986); *Última canción del exiliado* (1994); *Adagio en G mayor para una letra difunta* (2002); *Cuentos: Krelko* (1962); *Todo lo que inventamos es cierto* (1990); *Ensayo: Sin ánimo de ofender* (1989); *Ecuador: identidad o esquizofrenia* (1998). *Novela: Henry Black* (1969); *Hoy empiezo a acordarme* (1994). En el año 2012, la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí le otorgó el grado de Doctor Honoris Causa, por su trayectoria en las letras ecuatorianas.

I

Lleno de G,
debilitado y solo,
abierto en dos sobre la arena,
el hombre escucha sus menitras,
oye
Gudrum, Gudrum,
busca su invento,
el olor amarillo de ese templo,
sus piernas desafiantes,
la cintura celeste,
su deslumbrante ojo de dios
burlándose,
el cielorraso azul
de sus caderas,
su mirada burlona,
su impúdica alegría,
la huella ahí,
el testimonio
de su paso.

Todo perecerá,
después de todo,
siente
la desgarradura,
se promete que nunca
pronunciará esa letra desolada.

Se duerme entonces
con suavidad y sueña
en G,
ve que regresa,
habla

sin rodeos,
le dice
que despierte,
que no deje de cantar.

Gurdrum Gudrum
dice la sal
en la Chocolatera
en los revolcaderos de Mar Bravo,
en el celeste intenso
que lo ahoga.

Calla por eso el hombre y sigue
atento
a cada señal de su resplandor,
las huellas lejanas de su olvido,
la conciencia infeliz de que se in-
ventan.

III

El unicornio canta
su erección, relincha
caracoleando frente al árbol
de la noche triste,
caballo viejo que no vino
en el arca
sino volando,
nadando junto al casco,
carenado hipocampo,
ehoipo pegajoso,
pegustiante
centella,
casco solo,

zapoteo gitano en el tablado
 de Cuchilleros.
 Dijo que sí
 y se desdijo,
 gemebunda,
 garfio prendido,
 G,
 hincada gráfica cercana,
 celeste gratitud,
 vejez desnuda,
 desdibujada luz,
 del unicornio,
 G desolada,
 seguirilla feroz,
 desamparada
 ecuación indivisa,
 pesadumbre
 larga,
 peñasco áspero,
 Toledo
 plenitud del Greco,
 longilínea
 y abisal desandadura,
 encuentro del antes y su nada,
 nada de G,
 de Adán, que es nada,
 de su después,
 ocho infinito,
 punto exacto y oscuro,
 grupa definitiva
 del ocaso.

Aquí te veo aún,
 como si todo, como si nada fuera,

G estallando
 para siempre,
 antes que nunca
 en el instante del relámpago,
 en el oscuro resplandor
 de la agonía,
 en la exaltada
 inutilidad de la memoria,
 en la mirada fija
 de aquella cornucopia,
 lejana plenitud,
 vaso vacío,
 cuerno aullando
 en la noche,
 caballito letal,
 caballo viejo.

XXI

Si G es memoria
 solo queda
 su vacío,
 tergiversación,
 ausencia,
 oscura sensación
 de recordar borrándonos,
 sustituyéndonos por otro en el ca-
 mino,
 paladeando
 los olvidos sucesivos,
 la invención
 que hicimos de nosotros.

Al fin nuestro cadáver es de otro,

nuestras huellas
subsisten sin un cuerpo,
una vida verdadera,
un aquí estoy, soy yo,
y Yo me dice que no existe,
que no existo,
que las pisadas
son un papel en blanco,
una oquedad profunda,
la negación del otro lado del espejo.

XXV

Nunca el insomnio, nunca
no dormir,
peor durmiendo
en la alta noche
del océano,
en el lecho amortajado
del oleaje
en el castigo
de la vida eterna,
esa otra vida sin descanso,
esa noche que no tiene
despertar.

XXXV

Llueve
en la casa sobre el promontorio,
llueve siempre
en el país,
la muerte llueve,
llueve el olvido,

las distancias,
todo llueve.

Es el destino
de la muerte por agua.

XL

Vacío de G,
deshabitado y solo,
oscura rigidez sobre la piedra,
el cadáver repasa sus mentiras.

Pronuncia Krelko,
Y oye Gudrum, Gudrum:
siempre fue torpe
el forcejeo
de su andar sobre la arena.

Rememora su invento,
el olor azulino de ese templo,
sus muslos alternos,
su cintura,
su parpadeante ojo de dios
abierto,
el cielo raso azul
de sus caderas,
su alegría,
las desgarraduras
de su paso.

Nada perecerá,
después de todo,
siente la cercanía

de otras dudas,
el oleaje
de otras invenciones,
sabe que siempre
oír
esa partitura,
ese adagio
en G mayor
por esa letra desolada.

Se acoge entonces
al olvido,
sueña con G,
ve que se aleja,
le ordena en la distancia
que deje de cantar.

Gudrum, Gudrum
dice la sal del muerto,
en los revolcaderos de Mar Bravo,
en las olas tendiéndose en la
playa,
en lo que fue su oscuro trajinar.

Calla el cadáver
por eso,
sigue inmóvil,
atento a lo brutal de su esplendor,
a las huellas claras del olvido,
a la admisión vacía
de su invento.

*(Tomado de adagio en G mayor
para una letra difunta)*